

## COMENTARIO

por Irina Podgorny (\*)

Al iniciar la lectura del trabajo de Cecilia Hidalgo, creí que me encontraría con un “estado de la cuestión” referido, en este caso, al campo de la antropología de la ciencia. Pero, al terminar, el género del artículo, no sólo parecía más complejo sino que también planteaba la posibilidad de entenderse como una combinación de varios: podía leerse como una discusión tácita o como una búsqueda de linajes o, incluso, de una cadena que diera significado al propio trabajo. El sinuoso recorrido del mismo se inicia con una presentación del interés de la antropología por el mundo contemporáneo y el abandono de su objeto “tradicional” de estudio; pasa por una suerte de diagnóstico sobre los intereses de la antropología social porteña de la década de 1990, y llega -o regresa- a un pedagógico resumen del libro que Bruno Latour y Steve Woolgar publicaron hace unos veinte años.

La reseña del libro de Latour y Woolgar no podría ser más oportuna teniendo en cuenta que se tradujo al castellano y se publicó en Alianza en el año 1996. El lapso transcurrido entre la fecha de la publicación original de la obra y su reseña en un medio antropológico local sugieren, además, otra pregunta relativa a la recepción de las ideas que, quizás, sería interesante indagar. Esos años -junto con una mención a la historia de la investigación de la autora del artículo-, me hicieron particularmente pensar en las condiciones locales de producción. Las descripciones de las prácticas científica e intelectual “periféricas” recurren a dos tópicos: uno, el aislamiento en que nos coloca la desactualización de las bibliotecas institucionales; el segundo, la relación ambigua que genera la “master’s library”. La falta de una compra institucional de libros suele usarse para explicar el desconocimiento o la ausencia de bibliografía de referencia. Tal situación no es, de hecho, la que caracteriza la verdadera red de circulación de las obras, que se basa más en las bibliotecas privadas (particulares) y en los intercambios informales que en las bibliotecas universitarias. Estas condiciones -donde el investigador de alguna manera subsidia su propio trabajo- dan forma al trabajo periférico, y conduce, como caso extremo, a esa suerte de orgullo ameghinista -o autodidactista- por desconocer lo que se produce más allá de la propia mesa de escritura. Es cierto que puede conducir también a alguna convergencia con otras corrientes o modalidades de trabajo y, no menos importante, al otro extremo de quedar atrapado en una idealizada biblioteca central. Por eso, el llamado de Hidalgo a trabajar tomando como marco de referencia la escena académica contemporánea local y mundial, me parece sumamente halagüeño.

---

\* Depto. Científico de Arqueología del Museo de La Plata/ CONICET  
Email: ipodgo@isis.unlp.edu.ar



En esa escena y en estos años, Latour y Woolgar siguieron su camino por separado, fueron traducidos a varios idiomas e interpretados de diversas maneras (con las que Latour no necesariamente se identificaría). Incluso, una de las interpretaciones los divorcia –aunque los mantiene dentro del grupo de radicales de los *Science and Technology Studies*- en lo que se ha dado en llamar el “Woolgar procedure”, asociado al constructivismo radical, y el “Latour procedure”, asociado a la teoría del *actor-network* (Fuller 1996). Como Hidalgo señala, hay acuerdo en que estos trabajos pretenden ir mucho más allá de la mera observación de las situaciones de laboratorio o de campo: el problema que subyace y guía la etnografía del trabajo de los científicos es el de la representación (pregunta, que como, entre otros, Rheinberger, Wahrig-Schmidt y Hagner 1997: 10, destacan, no se originó con Latour sino con Hegel).

En el campo de los “Science studies” están aquéllos que promueven que tras toda empresa antropológica existe un punto fijo de regreso al conocimiento socio-científico, sea éste sociológico o socio-histórico. Pero también están aquéllos que como B.Latour y S. Woolgar sostienen que el estudio de la ciencia no puede referirse a ese punto fijo dado por una ciencia social externa (Galison hablaría de un “going home” versus un “going native”). Asimismo, en el caso particular de Latour, su fascinante prosa, propone un estilo de relación con el lector, que nos incluye en ese “going native”: Latour se aparta de sí mismo y, tras los paréntesis, hace guiños que recuerdan al lector que existe. Como Hidalgo señala, el lugar del antropólogo ya no se esconde: los guiños de Latour no sólo ponen en evidencia que entre la cosa que se describe y la descripción existe el narrador sino que también es indispensable la presencia del lector. Ese antropólogo que no elude su presencia, por ejemplo, le permite a Latour firmar el informe que resulta de un trabajo en Boa Vista junto con los botánicos y pedólogos observados e iniciar su trabajo con un enfático: “Yo, Bruno Latour...” (Latour 1997: 214). Ya en otro nivel, y como otros “antropólogos de la ciencia” destacan, esta práctica se enfrenta también a una situación no ajena a la antropología colonial: la observación no ha sido solicitada por los observados. (por ej. Vázquez León 1996 y su intento de una antropología de la arqueología mexicana)

En otro orden de cosas, el trabajo de Cecilia Hidalgo permite comentar la visión que sobre la historia de la antropología social parece querer instalarse como una especie de sentido común entre algunos antropólogos de la Argentina. Pueden distinguirse varios tipos de trabajo sobre la historia de la disciplina; entre ellos se cuentan los recuerdos personales; la historia basada en el gran hombre; otra tercera enlazada a una historia cultural o intelectual; y ciertas versiones donde las condiciones sociales y políticas aparecen determinando sin mediaciones la práctica académica local (por ej. Ratier y Ringuet 1997). El diagnóstico de tal situación puede expresarse en palabras de la autora: “*No es de extrañar que incluso entre los antropólogos más advertidos y críticos reaparezcan modalidades sutiles de prácticas de exotización: se analizan comunidades científicas pero se las trata como tribus, se ven rituales por todas partes, siempre aparece un “gran hombre” fundador de algún linaje o tradición, los textos obtenidos en entrevistas se fetichizan y congelan como expresiones de verdades literales*”. De aquí subrayo dos cosas, la primera que estos linajes o tradiciones, además, suelen identificarse con fuerzas retardatarias o progresistas en un camino que debía recorrerse inevitablemente, creando de esta manera, un enmascaramiento del pasado con el presente. Sin embargo, la utilidad de este tipo de trabajo, más que permitir una mayor comprensión de la institucionalización de las ciencias puede residir en su uso como testimonio o fuente primaria para entender la visión que, nosotros, los actores tenemos de ese mismo proceso. Por ello, subrayo con Hidalgo, que el análisis de las “comunidades científicas” y la historia de las ciencias consisten en mucho más que un mero ejercicio ensayístico. Si bien todos coincidimos en que las impresiones, los recuerdos dolorosos y los gestos de denuncia no deben descartarse para hacer la historia de la disciplina, Hidalgo acertadamente señala que esas narrativas no deben considerarse como “verdades literales”, algo que los antropólogos, en principio, sabemos como parte de nuestra formación profesional.

Otro aspecto que me gustaría destacar es que al estructurar la segunda parte del artículo



alrededor del peso que tres figuras (Néstor García Canclini, Eduardo Menéndez, Esther Hermitte) le estarían dando a la “antropología porteña”, la autora juega con el peligro de delinear nuevos linajes. Es de lamentar que en este trabajo la autora no haga referencia a su investigación sobre los desarrollos institucionales ya que, de esta manera, se harían más claras las funciones sociales de los autores que menciona y podría verse cómo se tejen determinados campos de fuerzas alrededor de determinadas ideas.

Existe una tendencia dentro de los practicantes de todas las disciplinas que consiste en hacer la historia o la sociología de las mismas tejiendo los propios recuerdos o los testimonios de los testigos con fuentes secundarias y un difuso marco histórico. Asimismo, en la Argentina a partir de 1983 abundaron los análisis que tendían a ver los problemas de la disciplina como resultante de unas condiciones sociales y políticas que, según el mismo discurso que estos trabajos urdían, se sepultaban para siempre con la promesa de grandes esperanzas. En palabras de Guber y Visakovsky (1996 citado en Visakovsky et alii 1997: falta página) “los orígenes de la Carrera de Antropología se condensaban y subordinaban a la memoria de las carreras de antropología en el proceso” (lo mismo puede afirmarse de las orientaciones en arqueología cf. Podgorny 1998). En ese marco narrativo, el año 1983 inauguraba no sólo la era de la democracia sino también una nueva era para la antropología argentina. Probablemente este tipo de trabajos deba entenderse como testimonio de los grupos que entonces necesitaban consolidarse tras años de exilio o que disputaban espacios dentro de las instituciones que se reabrían para ellos. Tengamos en cuenta, además, que los discursos fundantes son frecuentes en la historia de las ciencias (algunos sobreviven y se instalan como, por ejemplo, en la arqueología, Binford y su esbozo de un programa para una “Nueva Arqueología” en la década de 1960 en Estados Unidos o, a mediados de la década de 1980, el llamado a una “arqueología postprocesual” en Inglaterra): determinada o determinadas figuras se alzan frente a una situación que se define acabada y anuncian una nueva ciencia. Sin embargo, también se sabe que estos manifiestos, si bien pueden ser vistos como hitos —en el sentido material— de un cambio, no necesariamente contienen el cambio en sí. Ya fuera que fracasen o se institucionalicen, la tarea que se abre frente a ellos es determinar las condiciones que se dieron para que esto ocurriera.

En este sentido, el trabajo de Visakovsky, Guber y Gurevich (1997) da un buen ejemplo de cómo la historia reciente de la disciplina puede ser hecha trascendiendo el estilo periodístico y/o testimonial. Con un esquema de análisis que recurre más a Bourdieu que a Latour, esta investigación documenta aspectos que el trabajo de Hidalgo sugiere. Me gustaría señalar que sería interesante que, en próximos trabajos, la autora desarrollara con ejemplos provenientes de su investigación, la siguiente idea: “*Los entonces jóvenes antropólogos no podían aceptar la despreocupación supina que la escuela oficial expresaba por la situación social de extrema pobreza y explotación de los indígenas; su franco alineamiento a concepciones y prácticas políticas ultraderechistas y promilitaristas; su conducción institucional autoritaria. Tampoco podían sentirse convocados por la idea de una antropología reducida a la transcripción descontextualizada de mitos aborígenes, a un esencialismo forzado y expreso en la búsqueda de ‘cosmovisiones aborígenes inalteradas’*”. En este párrafo no queda del todo claro si la autora cita los argumentos de parte de los actores de ese período o si los asume como una descripción explicativa. Si este fuera el caso, pienso que se está confundiendo un hecho con un destino y transformando el presente en motor del pasado. Quedaría, entonces, por explicar ese “no podían” —y su contracara que es que algunos “pudieron”—, a través del análisis de los juegos de equilibrio y de poder entre los distintos grupos académicos en aras de su consolidación o de su supervivencia en circunstancias históricas cambiantes.

Para finalizar, creo entrever que, más allá del linaje construido, el trabajo de Hidalgo está discutiendo tácitamente no sólo con ciertas visiones que dan por muerta a la antropología sino también con el lugar marginal en el que los antropólogos se perciben tanto con respecto a la sociedad como con respecto a otros intelectuales. Desde este punto de vista, quizás la lectura sea



más simple y el artículo sólo diga que la antropología en la Argentina contemporánea todavía puede recobrar cierto papel y que sólo se trata de enfrentar el fantasma del pasado.

El recorrido de Hidalgo por algunas de las ideas de la antropología del mundo contemporáneo tiene una advertencia adicional: así como alerta sobre lo innecesaria que se ha vuelto la pretensión de extranjerización del antropólogo frente a su objeto de estudio, advierte también sobre la necesidad de no sentirnos extranjeros en un mundo que pretende cuestionar la idea de un centro de la ciencia.

Buenos Aires, junio de 1998

## BIBLIOGRAFÍA

Fuller, Steve

1996 "Talking Metaphysical Turkey about Epistemological Chicken, and the Poop on Pidgins", en: Galison, Peter y D. J. Stump, eds. *The Desunity of Science. Boundaries, Contexts and Power*. Stanford: Stanford University Press. Pp.: 170-186.

Guber, Rosana y S. Visakovsky

1996 "Controversias filiales: Memoria y genealogía de la antropología social argentina", ponencia presentada en la XXª *Reunião Brasileira de Antropologia*, Salvador, Bahía, 14 al 18 de abril de 1996.

Latour, Bruno

1997 "Der Pedologenfaden von Boa Vista. Eine photo-philosophische Montage". En: *Räume des Wissens. Repräsentation, Codierung, Spur*, Hans-Jörg Rheinberger, M. Hagner y B. Wahrig-Schmidt eds. Berlin: Akademie Verlag. pp: 213-263. Traducción de H.-J. Rheinberger del Capítulo 11 de B. Latour 1993 *La clef de Berlin et autres leçons d'un amateur de sciences*. Paris.

Podgorny, I.

1998 "La recepción de la 'Nueva arqueología' en la Argentina", ponencia presentada en la *Primera Reunião Internacional de Teoría Arqueológica na América do Sul*", Vitória, Universidade Federal de Espírito Santo, 5 al 9 de abril de 1998.

Ratier, Hugo E. y R. R. Ringuelet

1997 "La Antropología social en la Argentina: un producto de la democracia", *Horizontes antropológicos*, 7, *Histórias da Antropologia*: 10-23, Porto Alegre: Universidade Federal do Rio Grande do Sul.

Vázquez León, Luis

1996 *El leviatán arqueológico. Antropología de una tradición científica en México*. Leiden: Research School CNWS, 44.

Visakovsky, Sergio, R. Guber y E. Gurevich

1997 "Modernidad y tradición en el origen de la carrera de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires", *Redes*, 4, 10: 213-257. Universidad Nacional de Quilmes.